

AL MARGEN DE LOS LIBROS

¿QUE ES EL HOMBRE?, por *Pedro Caba*.—(Valencia, 1949).

No se había secado aún la pluma con que dimos noticia a nuestros lectores del *Eugenio Noel* de don Pedro Caba, cuando se nos sorprendió gratamente con el envío de una nueva obra de este estudioso y fecundo autor: *¿Qué es el hombre?* Contribución a una Antroposofía, según reza como subtítulo en la portada del libro.

Vaya por delante esta afirmación: los pasos de Caba en el ámbito de las letras son de gigante. Dicho sea sin el menor asomo de lisonja, ni de hipérbole. La lisonja no entra en el acervo de nuestras posibilidades, y a la hipérbole se opone nuestro natural, poco inclinado a desmesurar las cosas.

Mientras otros autores, movidos del ansia de crear, abandonan su preparación intelectual para darse por enteros a la palabra escrita, con lo que generalmente pierde en densidad su contenido, nuestro estimado colaborador don Pedro Caba lee, estudia, reflexiona y anota. Si todos los que se ejercitan en este ancho campo de la literatura —y damos a la palabra literatura su extensa significación etimológica— hicieran lo mismo antes de lanzarse a la actividad creadora, no abundaría por ahí tanto libro insubstancial y anodino, más fruto de la improvisación y el desenfado, que del estudio y la madurez.

Nuestro actual movimiento literario adolece de estos dos extremos: incontinencia y audacia irresponsable o excesiva maceración libresca del espíritu, el cual se ahoga en el farrago de la producción ajena, tras de manotear en la superficie con el intento de ganar la orilla.

Caba no ha perdido el tiempo. Esta obra que comentamos denota de modo inequívoco la copiosa lectura del autor. Han quedado un poco atrás, al menos por ahora, las tentativas del género imaginativo: la novela y el verso. Otras inquietudes más hondas y ambiciosas ganaron su voluntad. La filosofía, que si a algunos espíritus escépticos, (1) decepcionados de sus conquistas, parece esfuerzo del todo inútil, para otros en cambio es el más alto y hermoso quehacer de la mente, ha aprisionado entre sus sutiles mallas a nuestro distinguido paisano. *¿Qué es el hombre?* es un vigoroso testimonio de estos nuevos derroteros de Caba, que ya en su primer tomo de *Los sexos, el amor y la historia*, tuvieron patente manifestación.

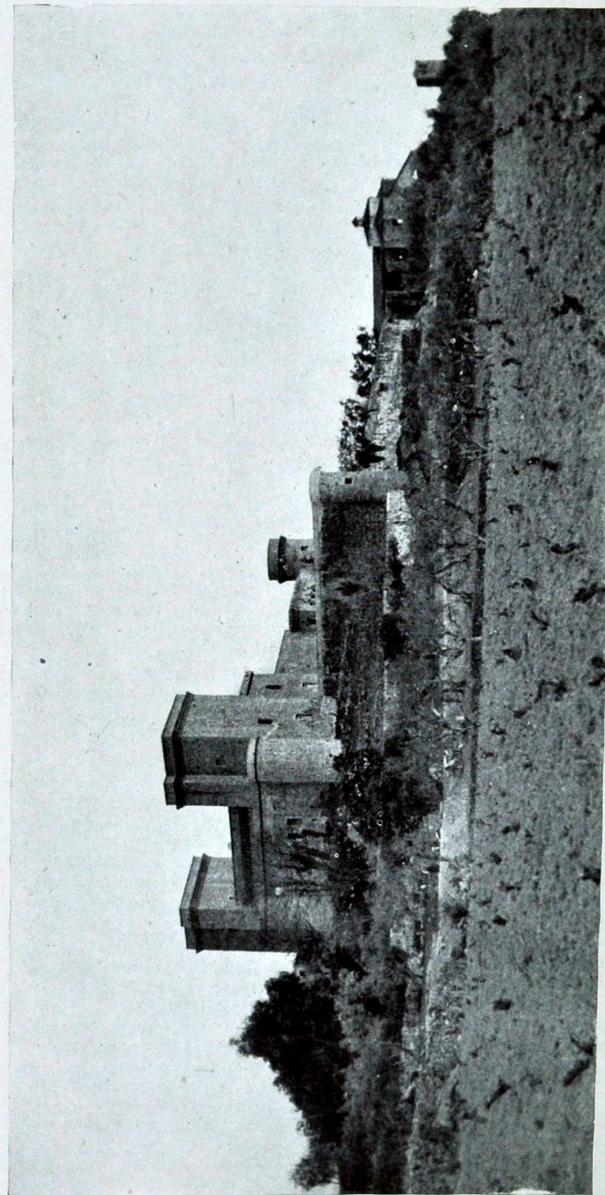
Como es sabido, tres son los objetos de la Filosofía: Dios, el hombre y la naturaleza. Pues bien, nunca como ahora el segundo de estos fines ha acuciado tan honda y fuertemente a los filósofos. El hombre de hoy, quizá como ninguno de cualquier otro tiempo, ha mostrado vivos e irrefragables deseos de conocerse a sí mismo, de buscarse y encontrarse. Pero también es cierto que jamás se habrá elaborado el pensamiento filosófico a través de una crisis de angustia tan terrible como la actual.

No hace falta leer a Kierkegaard, a Heidegger y a nuestro Unamuno para hacer esta afirmación. Como no hace falta llevar el barómetro en el bolsillo para comprobar la humedad y el mal tiempo cuando vamos empapados de agua hasta los tuétanos.

El señor Caba al hacerse la pregunta de qué es el hombre, al plantear, como él dice, el tema del hombre, no aspira a contestarla de un modo satisfactorio, ni menos irrefragable. «Si al frente de él (de su libro) va esa pregunta, no es porque yo la conteste—observa con mucho juicio—sino para que quede campeando la pregunta misma para estímulo de los que quieran y puedan meditar con frutos ópimos».

Para nuestro paisano el hombre no es una cosa, un trozo de Naturaleza, un concepto, un número. Quien ama, cree y admira; quien gusta espiritualmente de las personas, no se circunscribe a comprenderlas, no pretende enumerar o enlazar conceptos, sino entender, penetrar, intuir, «la persona en vivo, calándola radiactivamente». Y añade: «Quien ama, quien co-existe al hombre, no puede ver en él una cosa, sino otra forma ampliada de su subjetividad, como la ampliación o extrarradio de su con-

(1) En *La Metafísica Moderna*, de H. Heimsoeth (Madrid, 1949) se dedica un capítulo a «la crisis metódica de la Metafísica» y a «la lucha en torno a su derecho a la existencia». (Pág. 254 y sigts.)



ALBUM EXTREMEÑO: Jarandilla. Castillo de los Condes de Oropesa

ciencia existencial. Así ve al hombre el místico, el santo, el poeta, el artista y el amante. La madre no ve en el hijo una cosa, como el médico no ve, en su madre enferma, a «un enfermo», sino a su madre; ni el santo que arde en caridad puede ver en el prójimo un producto social cosificado, un concepto mineral. Tan por dentro del amado vive el amante, que no ve siquiera sus rasgos físicos ni sus defectos de hombre social. No preguntéis al amante qué *concepto* tiene de su amado, porque sorprendido en su ignorancia, confuso de su rara situación, acabará por confesar que no tiene ninguno. Lo mismo le ocurre al artista genial que no sabe enjuiciar sus obras o exponer sus teorías, aunque se esfuerza visiblemente en ello. Y lo mismo al creyente, que no sabe nada racional y razonable sobre su fe. Convengamos en que solamente así, amando, creando, orando, conociendo en vivo, apasionándose por cada hombre en singular y su destino, absorbiéndose en el amado o en la singularidad de nuestra obra, es posible la poesía, el arte, el amor, la caridad, todo lo que constituye el otro polo que los que representan la Ciencia y la Estadística».

No hemos tenido reparo en hacer tan larga transcripción porque aquí está resumido quizá el pensamiento capital de la obra del señor Caba, su *actitud o posición* respecto del problema que intenta resolver.

Gustaríamos, si tuviéramos tiempo y espacio, seguir a nuestro agudo colaborador en sus lucubraciones, ya para suscribir las, ora para disputar—con el noble sentido que los escolásticos dieron a esta palabra—respecto de algunas de ellas. No todas las afirmaciones que hace (1), a pesar del poderoso atractivo que el lenguaje de Caba les presta, pueden compartirse. En muchas ocasiones nuestro paisano trueca la pluma del pensador por el plectro del poeta, y los conceptos se hacen más líricos que filosóficos. Caba pertenece más a la casta de los filósofos-poetas que a la de los pensadores secos y áridos. Transcenden sus escritos más a Platón y a Hegel, que a Aristóteles y a Kant. Porque no me negará nadie que las ideas innatas de Platón son más hermosas y poéticas, que el *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, del Estagirita.

Las quinientas treinta y ocho páginas que integran este libro en cuarto menor, ofrecen una lectura densa, profunda, variada. Cada capítulo de los catorce de que consta, constituye un delicioso ensayo. Hondura y agudeza en los conceptos. Mucho saber bien digerido. Riqueza léxica, si bien empedrada, como veremos después, de neologismos no siempre justificados, y sobre todo un estilo que se nutre principalmente de la linfa, clara y fresca, de Castalia o de Hipocrene; esto es, lleno de metáforas, de imágenes, de comparaciones, de elegancias.

Quizá nuestro escepticismo de la filosofía—aun reconociendo que es la más hermosa, la más noble, la más desinteresada de todas las ciencias—nos ponga un poco en guardia respecto de estas nuevas corrientes especulativas. Esto no quiere decir que no valoremos como es debido el esfuerzo de nuestro ilustre paisano. No podemos apartar del todo de la mente aquella famosa frase de que la historia de la filosofía es la historia de todos los errores del pensamiento humano. Asistimos siempre a este grandioso espectáculo del saber, en lucha con el misterio que rodea a toda verdad profunda, transcendental, si no decepcionados, recelosos. Muchas veces, quizá cediendo a un impulso más irreflexivo y ciego que consciente, se nos antoja que los filósofos son grandes prestidigitadores que sustituyen con ideas, con conceptos y juicios, las palomas, los huevos o los cintajos que emplea el escamoteador en sus distraídos ejercicios. Muchas nomenclaturas filosóficas que aparecen como destellos de originalidad del espíritu discursivo y creador, son simples cambios de palabras: a lo clásico y a lo romántico, sustituye lo apolíneo y lo dionisiaco (Nietzsche); a lo subjetivo y a lo objetivo, lo mágico y lo lógico (Caba), etc.

Dediquemos, por último, unos breves comentarios al lenguaje del señor Caba.

Hemos notado antes su propensión a los neologismos. He aquí unos cuantos: *fontaniza*, *insectificada*, *lagunado*, *intestinado*, *delicuescía*, *inhierre*, etc.

(1) Como por ejemplo cuando asegura que en Italia no ha habido Romanticismo. Pues qué, ¿no fueron románticos Alejandro Manzoni, y Silvio Pellico, y Hugo Foscolo, a pesar de su educación clásica, y Gioberti, y algo más tarde el mismo Fogazzaro, por solo citar figuras notables de este período de la literatura italiana? O cuando afirma que en los clásicos griegos—se me ha perdido la nota, pero creo que es esto lo que dice—no hay una sola escena de amor nupcial. Depone contra tal aseveración el Libro vigésimo-tercero de la *Odisea*, cuando Ulises regresa a su hogar; es reconocido por Penélope y ambos esposos se entregan a las delicias del amor. Su afirmación, por último, de que «con objetividad—es él quien subraya—ni se hace arte ni se escribe historia», sería un bello tema de discusión, pero se necesitarían varios números de la Revista para afrontarlo.

En la página 57 leemos: «La materia, por muy organizada que esté, *no florece espíritu*». Es una construcción un poco arbitraria. Tampoco podría decirse que «una mata florece rosas».

«...*inconsútil*, como la tela de un resplandor». Si lo que se quiere decir es que la tela de ese resplandor, como la túnica de Jesucristo, no tiene costura, está bien dicho; pero si se usa en el sentido de ultrasutil, de quintaesencia de lo sutil, es un disparate en el que suelen incurrir mucho nuestros escritores.

«Sino un conocer *irreductible* a conceptos» (pág. 225). Nosotros habríamos escrito irreducible. Lo otro huele demasiado a latín.

«Si el conocer de lo femenino y mágico es *proclive* (¿inclinado? ¿propenso?) y apto solo para lo singular» (Pág. 249). No calamos el alcance o significación que el autor haya querido dar a la voz subrayada. Proclive es lo inclinado a una cosa, especialmente a lo malo.

«El hombre es un pierrot de luces y sombras acuchillándose como la piel de un toro pío». (Pág. 303). En la nomenclatura del pelo de los toros no existe esta voz, aplicable nada más al caballo, mulo o asno. Berrendo en negro estaría bien dicho. El *lapsus* no tiene nada de particular porque los pensadores suelen visitar pocas veces el coso taurino.

«Anda el hombre... traspasado de incógnitas nostalgias y experimenta angustia, «*tedium vitae*» (Pág. 35). No creemos que el *tedium vitae*, tedio de la vida, tenga nada que ver con la angustia.

Frente a las impropiedades que acamos de notar, fácilmente evitables en obras sucesivas, si el autor acepta nuestro consejo, tenemos una mentalidad vigorosa y un bello estilo literario. ¿Qué mejor elogio podemos hacer del señor Caba?

ROMANCERO DEL CORONEL VILLALBA, por Manuel Delgado Fernández. (Cáceres, 1949).

La figura del coronel Villalba era digna de ser romanceada. Sus audaces empresas constituían un rico filón del que beneficiarse la Musa épica o narrativa. Nuestro colaborador don Manuel Delgado Fernández, que en este mismo número de ALCÁNTARA dedica unas bellas octavas reales al glorioso autor de *El Diablo Mundo* y *Don Félix de Montemar*, ha tomado a su cargo tan noble empeño.

¿Cómo llegaron noticias del coronel placentino don Cristóbal de Villalba al señor Delgado Fernández? El Deán de la Catedral de Plasencia, don Eugenio Escobar Prieto le mostró a lo largo de una conversación amena y cautivadora, la colosal figura del soldado extremeño. La exaltada fantasía propia de los diecisiete o los dieciocho años, que a la sazón eran los que contaba el señor Delgado, agrandó y embelleció la talla del héroe. Vicisitudes y eventos colocaron un poco a trasmano en las mientes de nuestro colaborador la brava estampa del coronel placentino. Pasó el tiempo y un buen día, don Joaquín Rosado Munilla, a quien el señor Delgado le confiara el frustrado o abandonado propósito de componer un romance con las singulares hazañas de Villalba, le proporcionó una de las copias que había sacado del manuscrito de la vida del coronel Villalba, descubierto por el intatigable investigador extremeño don Antonio Rodríguez-Moñino en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

En posesión el señor Delgado de la referida copia emprendió hasta culminarla, la gustosa tarea de poner en romance la vida del valiente militar placentino.

Diecisiete lindos romances han bastado para completar esta obra. Fluye el verso octosílabo, espontáneo y jugoso. No se advierte ninguna premiosidad en la elaboración de este libro. Música, ritmo, audacia en las imágenes, plasticidad en las descripciones, viveza en el diálogo.

Es lástima que algunas veces falle el oído al autor y forje versos como estos: «con sigilo le dan la vuelta», «Es el amor el que te llama»; «como las brisas de la tarde»; su frente, y con humanidad», «sombrosos de plumas airosos»... que son largos a todas luces. O se abuse de la sinéresis, como licencia poética: «del torreón en los contornos»; «llevan el escudo real»; o se asonanten versos que deben ir libres de rima: «ciento cincuenta mil hombres—le autorizan poderoso—y nutren sus ambiciones y hacen leyes sus antojos».

Las exigencias de la medida imponen construcciones desusadas: «que el Jefe lleva en su torno». Mejor dicho habría estado «que el Jefe lleva en torno».

pero quedaba corto. «...y cerca, comentariando (1) ¿Qué verbo es éste? «Y el coronel se diluye — bajo aquel arco triunfal, — como una vena gloriosa — derramada en la ciudad». Diluir equivale a desleír; y la vena, ni su contenido, por muy figuradamente que hablemos, pueden diluirse o desleírse. Es frecuente el mal uso de este verbo. En un folleto turístico sobre Guadalupe hemos leído: «... así como otros lienzos y tablas, que se hallan diluidos — quisieron decir repartidos, diseminados, distribuidos — como notas de eterna y pasada grandeza por las distintas piezas del Monasterio». «Sus tropas en *avalancha*». Es galicismo. Alud, estaría bien; pero la medida del verso exige mayor número de sílabas.

Frente a estos descuidos—Virgilio corrigió durante diez años las *Geórgicas* y Goethe tardó alrededor de medio siglo en publicar su *Fausto*—hay en el *Romancero del coronel Villalba*, versos tan lindos e inspirados como éstos:

Besó los pies a la imagen,
se irguió y al volver la cara
la luz encendió dos perlas
colgadas de sus pestañas.

Y escenas bien pintadas, como la final de los Romances VI y VII.

No nos cansaremos de repetirlo. Con nuestros reparos no intentamos rebajar el mérito de nuestros autores. No nos guía ningún malintencionado fin, ni cedemos a ninguna inclinación morbosa. Pensamos con Boileau que los elogios hacen más daño que las censuras. Que a un escritor hay que decirle siempre la verdad, pues siendo su arte un proceso evolutivo hacia la perfección, más le ayudaremos en este caminar mostrándole la parte flaca e impugnabile de su trabajo, para que se corrija y depure, que si le ponemos en los cuernos de la luna.

El señor Delgado Fernández—aparte estos lunares que bien mirados son *peccata minuta* si se los compara con sus relevantes merecimientos—ha contribuido con su *Romancero del coronel Villalba* a enriquecer el acervo de nuestra poesía.

DESTELLOS DE HISPANIDAD, por F. R. Antonio Corredor García. O. F. M. (Sevilla, 1949).

La Fe y la Patria, como observa en un juicioso *Prólogo* a este libro de versos nuestro ilustre colaborador don Antonio Reyes Huertas, son los dos acicates poderosos que mueven la inspiración del Padre Corredor.

Poemas guadalupenses llama este ejemplar religioso de la Orden de Asís a estas composiciones. Su marco geográfico es el pintoresco pueblo de Guadalupe, con la señorial majestad de las Villueras por fondo o perspectiva y el sonoro deslizarse del Guadalupejo, como agreste y musical acompañamiento.

Dentro de este marco tan seductor, tan atrayente: el Monasterio, la Virgen Morena, el Organo, el Hermano bueno, la Celda... he aquí los temas que apasionan a este poeta franciscano. Su incondicionalidad respecto de ellos ha levantado una fuerte y alta muralla en torno. El mundo está aquí dentro: circunscrito a tales motivos de inspiración, y las cuerdas de la lira enmudecen para todo lo demás.

Esta sumisión casta y ferviente es noble ejecutoria del poeta; pero al propio tiempo dificultad muy grave. Ha de moverse la inspiración dentro de estos moldes y aunque sean anchos y hondos, obligan al numen a irse superando en una misma dirección lírica. La diversidad de temas poéticos permite a la imaginativa y al sentimiento adoptar múltiples exteriorizaciones. Pero si el objeto apenas cambia, han de ser más ricos y poderosos los recursos estéticos para lograr una superación gradual o al menos para mantenerse al mismo nivel. Es el caso de todos los poetas místicos o religiosos: de Fray Luis de León, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa.

Este es el mejor elogio que podemos hacer del Padre Corredor.

Junto a los temas religiosos florece también el sentimiento de la Patria, que arranca a la lira del inspirado franciscano, vigorosos acordes o dulces concantos.

(1) Don José Zorrilla incurrió también en este barbarismo en su leyenda *A buen juez mejor testigo*: «Cada cual comentariando—el caso según le cuadra». Pero este autor, que compuso en medianos versos su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, sin otro precedente en la docta corporación que el de Fray Juan de la Concepción, no era ninguna autoridad en materia lingüística.

La composición tipográfica, la pulcra impresión, la calidad y nitidez del papel, la acertada distribución del original, las láminas, acreditan al Padre Corredor—pues hay que suponer que habrá tenido intervención en tan dilectos menesteres—como excelente editor artístico de sus obras.

DEL SENTIMIENTO E IDEA POLITICA EN DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL, por *García Durán Muñoz*.—PRÓLOGO de *don Julián Sánchez Duarte*. (Madrid, MCMXLIX).

El insigne histólogo aragonés objeto de este libro será siempre una figura interesante. A causa de lo que se ha extendido en nuestros días el género biográfico son traídas de nuevo a luz personas que, por carecer de méritos verdaderos que justifiquen la exhumación, poca o ninguna curiosidad pueden despertar en el público. ¡Personajes o personajes desvinculados por el olvido, por la acción destructora del tiempo, de la memoria de los hombres! Ninguna falta nos hacían y no hubiera estado demás dejarlos quietos. La manía exhumadora se ha convertido en una morbosidad literaria. Valorar como es debido este fenómeno es a nuestro juicio deber indeclinable de la crítica.

Ramón y Cajal, aunque carezca todavía de perspectiva histórica, nada tiene que ver con esa casta de desenterrados a que acabamos de aludir. Su individualidad vigorosa siempre nos atraerá de modo irresistible. Creció en medio de la ciencia española como un árbol robusto y frondoso en medio de una vegetación ratiza. No solo nos interesará desde el lado científico, sino mirado también desde el punto de vista humano: esto es, en otros aspectos de su mentalidad creadora. Su crítica demoleadora y constructiva al propio tiempo, contrastada con la de pensadores como Larra, Costa, Picavea, Ganivet, no perdería ninguno de sus quilates.

Sentimos verdadera simpatía por estos caracteres que se muestran a la consideración de los hombres como bravos islotes, indómitamente erguidos ante todos los huracanes y todas las tempestades. Pero imperativos de espacio nos privan de dilatar más esta glosa.

Nuestro distinguido paisano, don *García Durán Muñoz*, es autor de este libro, cuyo interés y amenidad aprisionan fuertemente la atención de los lectores. La circunstancia de haber contraído matrimonio con una nieta del sabio histólogo español, le ha deparado medios muy valiosos para poder emprender, sin duda alguna respecto del éxito, la noble y plausible tarea que anuncia el título de la obra y que proclama su lectura.

A lo largo de estas páginas escritas en suelto y desenfadado estilo, entreveradas de agudos juicios y en todo momento atrayentes y cautivadoras, ofréncense muchos elementos biográficos del autor de *Recuerdos de mi vida*, *Charlas de café* y *El mundo visto a los ochenta años*, si bien el objeto principal del señor *Durán Muñoz* es estudiar «el sentimiento e idea política» de *Ramón y Cajal*. El método seguido por nuestro paisano consiste en ir descubriendo el ser moral del ilustre aragonés, a través de sus propios escritos, confirmando con oportunas transcripciones las singularidades del carácter, idiosincrasia, etc., así como del pensamiento cajaliano respecto de diversos temas: política, enseñanza, nacionalismos, sociología, cultura española, idea de la Patria...

El texto está ilustrado con numerosas notas, que aunque interrumpen la lectura a cada paso, no la entorpecen, quizá por el donaire que en ella campea. Quiere esto decir que no se trata de un libro erudito, empedrado de llamadas indigestas y que la seductora amenidad de sus páginas salva fácilmente el escollo de las notas.

Felicitemos al señor *Durán Muñoz* por este relevante testimonio de sus actividades intelectuales y le agradecemos de todo corazón la cariñosa dedicatoria estampada en las primeras páginas del ejemplar que nos ha enviado.

P. ROMERO MENDOZA

BIBLIOGRAFIA

TRABAJOS Y DIAS. Revista Universitaria. (Salamanca, Abril-Mayo de 1949).

Aparecen en esta publicación, entre otros trabajos interesantes: *Un estudio de Pedro Salinas sobre Rubén Darío*, por Antonio Tovar; *Nuestra ciudad: Meditaciones en Avila*, por Marcelino Jiménez; y *Avila ejemplo de Castilla*, por Pablo Dávila. *La luna*, por A. Zamora Vicente; *Lluève sobre el pueblo*, por A. de los Cobos; *No más correré tras las nubes y el viento*, por M. Ballester; *En mi vejez y Destello*, por Carmiña; «*El Reino de Dios*», de *Campos de Figueiredo*, por Manuel Alvar; *Gracia y teoría del Ex-libris*, por José Ignacio de Aldecoa; *Figura y genio de Rocinante*, por J. Pollos y Herrera; *Hans el Bohemio*, por Luis Cortés; *Sansón Carrasco, estudiante de Lechucetas*, por Agustín García; *El repelón*, por Federico Latorre; *La tia fingida*, por Pedro Marín; *Don Félix de Montemar*, por Fernando Jiménez; *Desde el norte*, por Virgilio Garrote; «*Sandra*», por José Parrilla; *Mensaje en primavera*, por Manuel Ballester; *Ecos de un alma enamorada*, por Julio G. Morejón; *Seis poemitas indios*, traducidos del sánscrito por E. Moralejo; *Raíces y avatares de la novela*, por Adolfo Maillo; *La Universidad en Semana Santa*, por Antonio García Boiza; *Para re-jeer*, por Agustín García. La ilustran preciosas fotografías de castillos españoles, alemanes e ingleses.

VUELO. Suplemento de la Revista ESTUDIO. (Alcoy, Mayo-Junio de 1949).

Figuran en este Suplemento poesías y trabajos en prosa, de *Pedro Caba*, *Luis Ballester*, *Angel Jiménez*, *Alejandro Gaos*, *Xavier Casp*, *José Cases* y *Carles Salvador*.

MISISIPI, por *Joaquín Montaner* (Barcelona, 1948).

CACERES (Julio, 1949). Con motivo de la conmemoración del 18 de Julio, esta Hoja de divulgación interior del S. I. P. S. publica con la firma M. G. M. una amplia información sobre la labor realizada por la Organización Sindical Cacerense y un interesante trabajo intitolado *Festejo y Conmemoración*, del culto Delegado Provincial de Sindicatos, D. José Sanz Catalán. Aparecen también en referida Hoja, ilustrándola convenientemente, numerosas fotografías sobre las diversas modalidades de la actividad sindical.

Círculo Universitario «GUADALUPE»: He aquí las conclusiones aprobadas en las Secciones de Estudio celebradas en Cáceres los días 24, 25 y 26 de Mayo de 1949: La Romanidad es la comunidad religiosa, jurídica, cultural, política y económica de los pueblos latinos.

La Hispanidad, elemento preponderante y decisivo de la Romanidad, tiene como tarea específica la reintegración de ella.

La organización en unidad de los pueblos latinos puede lograrse a través de un pacto voluntario y libre que los organice en comunidad jerárquica.

El derecho que tienen los pueblos de la Romanidad a organizarse en comunidad política eficiente es a lo que denominamos Fuero imperial.

El Imperio Católico, solo puede plasmar bajo la forma de imperio de la Romanidad cristiana, por ser precisamente el Romanismo cristiano la forma concreta por derecho divino e histórico del Catolicismo. El Director del Círculo Universitario, *R. Becerro de Bengoa*.

P. R. M.